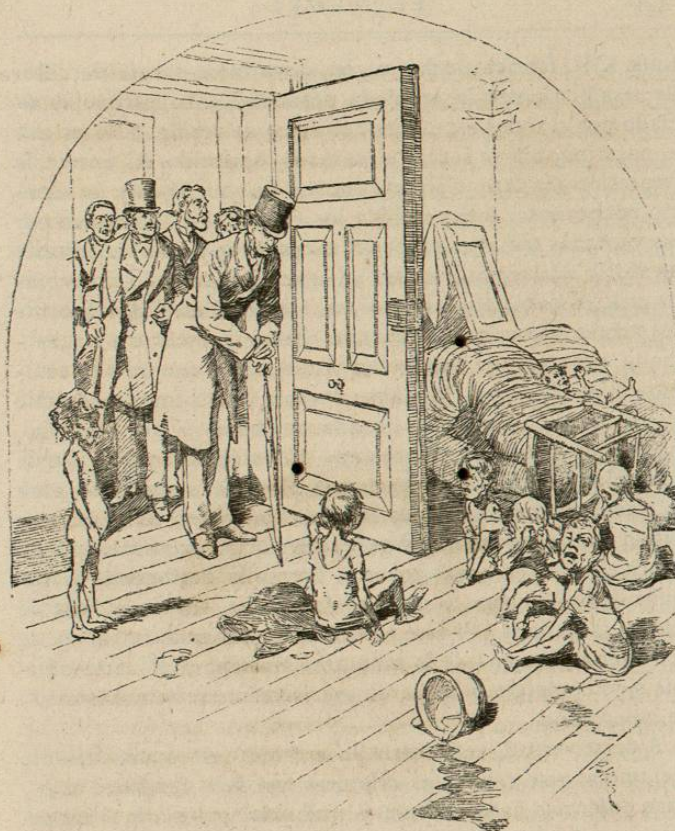


sación suficiente de los sinsabores que caían sobre el pobre oriental restituído á la vida europea, que quería un hogar y no tenía más que un caravanserrallo, que buscaba una mujer y no encontraba más que una Levantina?



VIII.

LA OBRA DE BETHLEEM.

BETHLEEM! ¿Por qué este nombre legendario y dulce, caliente como la paja del pesebre milagroso, daba tanto frío al verlo escrito en letras doradas en el remate de aquella verja de hierro? Quizás provenía de la melancolía del paisaje, esa interminable llanura triste que corre desde Nanterre á Saint-Cloud, interrumpida únicamente por algún mezquino grupo de árboles ó por el humo de los hornos de fundición. Quizá también de la desproporción entre el humilde villorrio invocado y el grandioso establecimiento, una quinta estilo

Luís XIII, fábrica de hormigón, cuya mole surgía de color de rosa por entre la arboleda desnuda de su parque espaciado por grandes estanques cubiertos de verdín. Ello es que al pasar por allí se sentía el corazón oprimido. Al entrar, la impresión era otra. Cerníase encima de aquella casa un silencio bochornoso, inexplicable; los rostros que aparecían por las ventanas tomaban todos del matiz verde de los cuadratines de vidrio á la antigua moda, un aspecto lúgubre. Las cabras de cría, pastadas por las avenidas, ramoneaban lánguidamente los brotes primerizo, dirigiendo «beee» lastimeros á su guardiana, tan aburrida como ellas y que seguía con mirada estúpida á los visitantes. Reinaba como un duelo incomprensible la soledad y el espanto de una epidemia. Y sin embargo, había sido antes de entonces una posesión divertida y donde se habían hecho buenas hartazgas. Arreglada expreso para la célebre cantatriz á quien la había comprado Jenkins, acusaban claramente su filiación de teatro lírico un puente echado sobre el canal en cuyas aguas la barquilla desfondada se llenaba de hojas secas, y su gruta de rocalla, enguirnaldada de hiedra trepadora. ¡ Si este pabellón hubiese podido hablar de los buenos tiempos de la cantante! Mas ahora el cambio había sido completo, porque allí precisamente se había instalado la enfermería.

Á decir verdad, enfermería lo era todo el establecimiento del uno al otro cabo. Las criaturas, así que llegaban, se ponían enfermas, languidecían y acababan por morir si sus padres no se daban prisa á reponerlas bajo la salvaguardia del hogar. Tan á menudo tenía que ir á Bethleem el cura de Nanterre con su capa negra y la cruz de plata, tenía tantos encargos el carpintero para la casa, que la comarca entera no hablaba de otra cosa, y que las madres, furiosas, enseñaban los puños á la casa de lactancia modelo, si bien que desde cien leguas, á poco que anduviese de por medio algún patriarca blanco y rubicundo al cual poner á cubierto de los mil y un contagios del lugar.

De ahí el aspecto desgarrador de aquella mansión malhadada. Una casa donde se mueren los niños no puede ser alegre por concepto alguno: es imposible que los árboles florezcan, que los pájaros aniden, que fluya el agua en vellones de espuma.

El problema parecía resuelto. Excelente en sí, la obra de Jenkins era de una aplicación sobradamente difícil por no decir impracticable. Y eso que se había desplegado en la instalación un lujo hasta excesivo de celo, aun en los detalles más ínfimos, y que no se habían escatimado ni brazos ni dinero. Había al frente un práctico de los más hábiles, M. Pondevez, discípulo de los hospitales de París; y á su lado, para los cuidados más íntimos, una ama de llaves, la señora Polge. Á sus órdenes un batallón de niñeras, de lavanderas, de enfermeras. Y todo, absolutamente todo, á pedir de boca, desde el agua distribuída por cincuenta espitas mecánicas, hasta el ómnibus, con su conductor vistiendo la librea de Bethleem, que iba á cada tren á la estación de Rueil haciendo sonar sus cascabeles de diligencia. Finalmente, cabras magníficas, cabras del Thibet, sedosas, embutidas de leche. Como organización, no había más que pedir, pero llegaba un punto en que todo claudicaba. Esa lactancia artificial tan cacareada por el reclamo no les placía á las criaturas. Era un emperramiento singular, una consigna que se daban los unos á los otros, pobres angelitos, de una ojeada, porque no hablaban todavía y la mayor parte no habían de hablar nunca: « Si queréis no mamaremos de las cabras. » Y no mamaban, preferían morirse uno tras otro antes que mamar. ¿ Por ventura el Jesús de Bethleem, en su pesebre, era alimentado por una cabra? ¿ no apretaba, por el contrario, un pecho de mujer, suave, henchido, á cuyo calor se dormía cuando acababa la sed? ¿ quién ha visto cabra alguna entre el buey y el asno legendarios en aquella noche en que hablaban las bestias? ¿ entonces á qué mentir? ¿ por qué llamarse Bethleem?...

Al principio, al ver tanta víctima, el director se había llegado á impresionar. Residuo de los buenos tiempos del sopista, Pondevez, estudiante de vigésimo año, conocido por el mote de Pompón en todos los cenáculos de candil del bulevar Saint-Michel, distaba mucho de ser un mal corazón. Al ver el menegado éxito de la alimentación artificial, tomó bonitamente cuatro ó cinco nodrizas vigorosas del país, y con esto bastó para devolver el apetito á sus pupilos. Este impulso de humanidad estuvo á pique de costarle el empleo.

—Nodrizas en Bethleem! dijo Jenkins montado en cólera al ir á hacer su visita semanal... ¿ Estáis loco? Vamos á ver, en

este caso ¿por qué las cabras, y los herbajes para mantenerlas, y mi idea, y los folletos sobre mi idea?... ¿En qué va á parar todo esto?... ¡De modo que os permitís ir contra mi sistema y robáis su dinero al fundador!...

—Es que... mi querido maestro, intentaba contestar el estudiante pasándose las manos por los pelos de su lengua barba roja, es que... como que esta alimentación no les gusta...

—Pues que ayunen, con tal de que sea respetado el principio de la lactancia artificial... Ahí está todo... Que no tenga que volvérselo á repetir. Pronto á la calle con esas malditas nodrizas... Tenemos para criar á nuestros niños la leche de cabra y, en último extremo, la de vaca; no quiero pasar de aquí.

Y añadió con su aire de apóstol:

—Estamos aquí para la demostración de una gran idea filantrópica. Es menester que ésta triunfe aun á costa de algunos sacrificios. Velad por ello.

Pondevez no insistió. Al fin y al cabo el empleo era bueno, y la vecindad de París permitía fácilmente los domingos tal cual escapada de sus ex-compinches á Nanterre, ó la visita del director á sus antiguas cervecerías. La señora Polge—á quien Jenkins llamaba siempre «nuestra ilustrada vigilante» y que en realidad tenía el encargo de vigilarlo todo, y en especial al director—no era tan fiera como daban á entender sus atribuciones, y se rendía sin gran dificultad á algunos tragos de lo fino ó á una partida de brisca. Despidió, pues, á las nodrizas, y decidió acorazarse contra todo lo que pudiese suceder. ¿Qué había de suceder? Una Degollación de los Inocentes en toda regla. De ahí que los pocos padres algo acomodados, obreros ó tenderos de arrabal, que, alucinados por los anuncios, se habían separado de sus criaturas, se apresurasen á retirarlas, y que no quedasen en el establecimiento más que los infelices recogidos por las escalerillas ó en sitios abandonados, traídos de los hospicios, condenados desde su nacimiento á toda suerte de males. La mortalidad fué en aumento cada día, y así, aun esos vinieron á faltar, mientras el ómnibus, firme en sus trece, á cada tren volvíase ligero y dando tumbos como un coche fúnebre sin carga. ¿Cuánto tiempo había de durar? ¿Cuánto habían de tardar en morir los veinticinco ó treinta infelices que todavía que-

daban? He aquí lo que se preguntaba una mañana el señor director, ó mejor, como se llamaba él mismo, el señor oficial del registro de defunciones, Pondevez, sentado frente á frente de los venerables residuos de la señora Polge y mientras, bien almorzado, jugaba la partida favorita de aquella ilustre dama.

—Sí, mi buena señora de Polge, ¿qué va á ser de nosotros?... Porque esto no puede durar así mucho tiempo... Jenkins no quiere apearse del burro, los chiquillos erre que erre como caballos... No hay remisión, todos se nos escurrirán de entre manos... Ahí tenéis el pequeño Valaco—y hablo del rey, señora de Polge—que va á morir de un momento á otro. Está claro, pobre rorro, hace tres días que no mete nada en el buche... Por más que diga Jenkins, la carne cristiana no se mantiene, como la limaza, de ayunos... Francamente, es triste el no poder salvar ni á uno... En la enfermería no hay sitio ni para una mosca... Que os digo que la cosa toma un sesgo... Oros...

Dos campanillazos en la verja de ingreso interrumpieron su monólogo. El ómnibus regresaba de la estación, y sus ruedas rechinaban por la arena de una manera insólita.

—Es raro, dijo Pondevez... el coche no viene vacío.

Efectivamente, el carruaje no paró hasta plantarse con cierta jactancia al pié de la gradería de entrada, y el sujeto que se apeó de él franqueó de un salto los escalones. Era un correo de Jenkins que llevaba una gran noticia: dentro de dos horas iría el doctor á visitar el asilo con el Nabab y un personaje de las Tullerías. Recomendaba con empeño que todo estuviese dispuesto para recibirles. La visita se había resuelto tan de improviso que no había tenido tiempo de escribir: pero contaba con que Mr. Pondevez procuraría lucirse.

—Buena anda la cosa para lucirse, murmuró Pondevez azorado...

La situación era crítica. Aquella importante visita incidía en el momento peor, en pleno desmoronamiento del sistema.

El pobre Pompon, sin saber qué hacerse, martirizaba los pelos de su barba royendo las puntas.

—Nada, nada, dijo de pronto á la señora Polge cuya cara, estirada de suyo, aparecía en aquel momento entre los alones

de su papalina, todavía más estirada. No hay más que un camino. Es preciso desocupar la enfermería y trasladar los enfermos al dormitorio. Serán unas cuantas horas; por esto no han de ir ni mejor ni peor. En cuanto á los sarnosos los metemos en cualquier rincón. Son demasiado feos, y por consiguiente no están para enseñados; adelante, soldados, paso ataque.

Al toque de somatén de la campana del refectorio, comenzó un gran estrépito de pasos. Lavanderas, enfermeras, criadas, niñeras brotan de todos lados, corren, topan por las escaleras, á través de los patios. Van y vienen órdenes, gritos, llamamientos; pero lo que domina es el estruendo de un gran lavaje, de un chorreo de agua cual si Bethleem acabase de ser invadido por las llamas.

Y los quejidos de los niños enfermos robados al suave calor de sus cunas, tanto pequeño envoltorio emberrinchado conducido al través del húmedo parque por entre cuyas ramas se veían ondear los cobertores, completan á maravilla esa impresión de incendio. Á las dos horas, merced á una actividad prodigiosa, la casa está preparada de arriba abajo para la visita que va á recibir, el personal en sus puestos respectivos, encendido el calorífero, las cabras diseminadas pintorescamente por el parque. La señora Polge viste su traje de seda verde, el director aparece más compuesto de lo ordinario, pero con sencillez que excluya toda idea de premeditación. Puede venir cuando quiera el delegado de las Tullerías.

Aquí están.

Se apea con Jenkins y Jansoulet de una soberbia carretela con la librea encarnada y oro del Nabab.

Simulando el mayor asombro, Pondevez se precipita al encuentro de los visitantes.

—¡Ah, M. Jenkins, qué honor... qué sorpresa!

Cambios de saludos, de reverencias, de apretones de mano, de presentaciones al pié de la escalinata, Jenkins, flotante el paletó, al aire el honrado pecho, sonríe con la mejor y más cordial de sus sonrisas: una leve arruga, sin embargo, harto significativa frunce su entrecejo. Está intranquilo por las sorpresas que les prepara el establecimiento cuya precaria situación conoce mejor que nadie. Con tal de que Pondevez haya tomado sus precauciones... Por lo demás la cosa no empieza

mal. El golpe de vista un poco teatral de la entrada, esos blancos vellones triscando por los tallares encantan á M. de La Perrière, quien, con sus ojos inocentones, su perilla blanca y el continuado meneo de su cabeza, no parece sino una cabra que ha huído de su estaca.

—Ante todo, señores, comencemos por la pieza más importante de la casa, la Nursery, dice el director abriendo una maciza puerta en el fondo de la antecámara. Los caballeros le siguen, bajan unos cuantos peldaños y se encuentran en una inmensa pieza subterránea embaldosada, la antigua cocina del castillo. Lo que llama la atención al entrar es una alta y anchurosa chimenea de estilo antiguo, toda de ladrillos rojos, con dos bancos de piedra uno frente al otro debajo de la campana, y el escudo de la cantatriz—una enorme lira cortada por un rollo de solfas,—esculpido en el frontón monumental. El efecto es sorprendente, pero entra por allí un viento terrible, el cual, unido al frío del embaldosado, á la opaca claridad que penetra por los respiraderos á flor del suelo, da mucho que temer por el bienestar de los niños. Pero ¿qué remedio? Ha sido preciso instalar la Nursery en este lugar insalubre en obsequio á las nodrizas campestres y voluntariosas acostumbradas á la ancha manga del corral; basta ver los charcos de leche, los rojizos regajales que se van secando por el suelo, respirar el olor acre que se percibe al entrar, amalgama de suero, de pelaje mojado y de otras cosas peores, para convencerse de aquella absoluta necesidad.

La pieza es tan alta, con sus paredes oscuras, que en el primer momento los visitantes la han creído desierta. Vislúmbrase, sin embargo, allá en el fondo un grupo que bala, que gime, que se remueve... Dos campesinas, de aspecto duro, embrutecido, la cara terrosa, dos «nodrizas secas», nombre que les cuadra á maravilla, están sentadas en esteras, con una criatura en brazos cada una, y delante, una gran cabra con las patas esparrancadas, que tiende su ubre. El director parece agradablemente sorprendido.

—Señores, llegamos en la mejor de las ocasiones... Ahí están dos de nuestros pequeñuelos que van á tomar su refresco... Vamos á ver cómo se entienden los que dan y los que reciben.

—¿Si se habrá vuelto loco? pensó para sí Jenkins aterrado. Pero el director está más que cuerdo, y es él quien ha combinado sabiamente aquel aparato escénico, eligiendo dos bestias cachazudas y de buen genio, y dos fulanitos excepcionales, dos mozuelos que se han metido en la cabeza que han de vivir y abren el pico, como los pajarillos de nido, á todo lo que huela á alimento.

—Acercaos, señores, para verlo mejor.

Es que maman de veras, pobres angelitos. El uno acurrucado, amarrado al vientre de la cabra, chupa con tanto salero que se oyen hasta los gluglus de la leche caliente á medida que va bajando hasta las piernecillas, las cuales agita en señal de satisfacción por el desayuno. El otro, más calmoso, echado perezosamente, necesita que su guardiana le vaya atizando:

—¡Anda á mamar, vamos, bugri!...

Al fin, como si hubiese tomado una resolución instantánea, se echa á beber con tanto ardor que la mujer, sorprendida de tan extraordinario apetito, se agacha hacia él y exclama riendo:

—¡Ah pillastre, qué malicia!... Pues no se está mamando el dedo en vez de la cabra!

Pobre monín, ha pensado que de este modo le dejarían tranquilo... El incidente no produce mal efecto: por el contrario, á M. de La Perrière le ha hecho mucha gracia la idea de la mujer de que el chiquillo les ha querido hacer una jugarreta. Sale de la Nursery encantado. «Verdaderamente en... en... encantado,» va repitiendo entre cabezada y cabezada, á medida que va subiendo por la gran escalera, de paredes sonoras, exornada con astas de ciervo, que lleva al dormitorio.

Clara, bien ventilada, esta vasta crujía, que ocupa una ala entera del edificio, tiene una porción de ventanas, cunas espaciadas, con sus correspondientes cortinas blancas y ligeras como nubes. Por el ancho pasadizo central van y vienen mujeres, con rimeros de ropa en brazos, manojos de llaves en la mano, guardianas ó niñeras. Aquí se ha querido arreglarlo tan bien que la primera impresión de los visitantes es desagradable. Todas esas blancuras de muselina, ese suelo encerado en el cual se refleja la luz sin descomponerse, la limpieza de los cristales que reflejan un cielo entristecido de ver esas cosas, hacen resaltar demasiado la falta de carnes, la palidez malsana de aquellos pequeños moribundos de color de suda-

rio... ¡Ay! los más crecidos no pasan de los seis meses, los menores de unos quince días, y ya en sus rostros, embriones de rostro todavía, muéstrase una expresión apenada, un aire enfurruñado y como envejecido, una precocidad doliente, visible en las copiosas arrugas de esas frentecillas calvas que asoman por entre el quiero y no puedo de la puntilla hospiciaria que festonea sus capillos de munición. ¿De qué padecen? ¿Qué es lo que tienen? Tienen de todo, de todo lo que es dable tener: enfermedades de niño y enfermedades de hombre. Frutos del vicio y de la miseria, muestran desde que nacen los más terribles fenómenos de herencia. Este tiene el paladar perforado, aquel gruesas manchas cobrizas en la frente, todos el muguete. Por fin de fiesta, perecen de hambre. Á pesar de las cucharaditas de leche, de agua azucarada que se les embucha quieras que no, de tal cual toma de biberón que se les da á escondidas, la inanición acaba con todos ellos. Extenuados desde el vientre de sus madres, necesitarían de la leche más joven, más fortificante; acaso las cabras podrían proporcionársela, pero han jurado no probar de las cabras. Y he aquí lo que hace tan lúgubre y tan callado ese dormitorio, sin una de esas cóleras de chiquillo á puño cerrado, sin uno de esos berrenchines que ponen al descubierto las encías lisas y rosadas, con las cuales prueban los pequeñuelos sus fuerzas y sus pulmones; algún que otro quejumbroso vagido, como la inquietud de un alma que se revuelve en todos sentidos por un cuerpecito enfermo, sin dar con un sitio á propósito donde instalarse.

Jenkins y el director, que han notado el mal efecto que produce en sus huéspedes la visita al dormitorio, procuran animar un poco la situación hablando por los codos, con aire natural y satisfecho. Jenkins da un fuerte apretón de manos á la ama de llaves:

—Y bien, señora Polge, ¿qué tal van nuestro pupilillos?

—Pues no hay sino mirar, señor doctor, contesta señalando las camitas.

¡Qué fúnebre está con su vestido verde la mocetona de la señora Polge, ideal de la nodriza seca! Completa el cuadro.

Pero ¿dónde está el señor representante de las Tullerías? Parado delante de una cuna que contempla tristemente, en pié y meneando la cabeza.

—¡Mal rayo le parta! dice Pompon al oído de la señora Polge... Es el Valaco.

El tarjetón azul pegado á la parte superior de la cuna, como en los hospicios, atestigua efectivamente la nacionalidad de la criatura: «Moldo-Valaco.» Al diablo se le ha ocurrido fijar la atención del señor Secretario precisamente en aquel!... ¡Oh! pobre cabecita caída en la almohada, con el capillo de través, la nariz picada, la boca entreabierta por un resuello breve, jadeante, el resuello de los que acaban de nacer y á la vez de los que van á morir...

—¿Está enfermo? pregunta en voz baja el señor secretario al director que ha acudido á su lado.

—Ni por pienso... contesta Pompon con desparpajo, y acercándose á la cuna, toca con el dedo la barba del pequeño, levanta la almohada y con fuerte voz algo afectada por la lástima: «¿Cómo va, abuelito?...»

Despierto de su letargo por la sacudida, saliendo de las sombras que empiezan á envolverle, el pequeñuelo abre los ojos á esas caras que tiene encima, les mira con apagada indiferencia, luego, sumiéndose otra vez en su sueño que encuentra mucho mejor, crisper sus manecitas arrugadas y lanza un suspiro ahogado. ¡Misterio! ¿Á qué habrá venido al mundo aquel sér? Á sufrir dos meses para irse luego sin haber visto nada, ni entendido nada, sin dejar el más pequeño recuerdo ni del metal de su voz.

—¡Qué pálido está!... murmura M. de La Perrière, pálido á su vez.

El Nabab está livido. Parece como que haya pasado un soplo frío. El director con aire campechano:

—Es el reflejo... Aquí estamos todos verdes.

—Sí, sí, salta al punto Jenkins, es el reflejo del estanque. Venid, venid, señor secretario... Y se lo lleva á la ventana para enseñarle el vasto recipiente donde se bañan los sauces, mientras la señora Polge se apresura á esconder el sueño sempiterno del pequeño Valaco tras la cortina de su cuna.

Conviene que siga al punto la visita del establecimiento á fin de desvanecer esa desagradable impresión.

M. de La Perrière pasa á un lavadero espléndido, con estufas, zahumadores, termómetros, armarios inmensos de nogal lustroso, llenos de capillos, de mantillas en paquetes

de á docena con su etiqueta cada uno. Una vez calentada la ropa, la lavandera la pasa á la nodriza por un torno á cambio de un número. Como se ve, el orden es perfecto, y todo, incluso el buen olor á legía, da á esta pieza un aspecto sano y campesino. Hay aquí con que vestir hasta quinientos niños. Son los que Bethlehem puede contener, y todo ha sido calculado en esa escala; la farmacia inmensa, que brilla como un sol con su copiosa cristalería y los latinajos de sus inscripciones, pilas de mármol por todos lados, la hidroterapia con sus anchas piscinas de piedra, sus bañeras relucientes, un gigantesco aparato atravesado de tubos de todas dimensiones para la ducha ascendente y descendente, de lluvia, de chorro, de latigazo, y las cocinas adornadas de soberbios calderos de cobre graduados, de hornos económicos para gas y para carbón. Jenkins ha querido montar un establecimiento modelo; cosa perfectamente hacedera porque como los fondos abundaban, había para todo. Nótase asimismo en todo ello la experiencia y la mano de hierro de «nuestra inteligente superiora» á la cual el director no puede menos de rendir ese público homenaje. Ahí comienza una de congratulaciones generales: M. de La Perrière, encantado de la manera como está montado el establecimiento, felicita al doctor Jenkins por su bella creación; Jenkins da el parabién á su amigo Pondevez, el cual da gracias al dignísimo funcionario por haberse dignado honrar á Bethlehem con su visita. El bueno del Nabab une su voz á este concierto de alabanzas, tiene una frase galante para cada uno, no sin sentirse un tanto sorprendido al observar que de aquel diluvio de felicitaciones no le alcanza ni una gota. Verdad es que la mejor de las felicitaciones se la guarda el 16 de marzo al frente del *Diario oficial* en un decreto que fulgura ya de antemano á su vista y le hace mirar de soslayo el ojal de su levitón.

Todo este tiroteo de requiebros se dispara á lo largo de un extenso corredor en cuyo hueco resuenan sus entonaciones grandí-parlantes; mas de pronto un terrible estrépito corta la conversación y los pasos de los interlocutores. Son maullidos de gato delirante, berridos, rugidos de salvajes atados al potro de guerra, una espantosa tempestad de gritos humanos repercutida, engrosada y prolongada por la sonoridad de las altas bóvedas. El estrépito crece y decrece, y de repente

pára, y vuelve á reanudarse en acabado concertante. El señor director se inquieta, interroga. Jenkins mueve los ojos enfurecido.

— Adelante, dice el director, esta vez algo turbado... ya sé lo que es.

El sabe lo que es, pero M. de La Perrière quiere también saberlo, y antes de que Pondevez haya podido abrirsela, empuja la maciza puerta por donde sale aquel horrible concierto.

En una pocilga hedionda á la cual no ha llegado la gran aspersión porque se esperaba que quedaría oculta, yacen tendidos, en colchones tirados al suelo en fila, una decena de pequeños monstruos guardados por una silla vacía en la cual se pavonea una calceta á medio hacer, y por un pucherito desportillado, lleno de vino hirviendo, puesto encima de un montón de leña que humea. Allí hay los tíñosos, los sarnosos, los desgraciados de Bethlehem que han sido encerrados en el fondo de aquel escondrijo, — con recomendación á su guardiana de que les meciese, les acallase y en caso necesario se les sentase encima hasta forzarles á enmudecer, — pero la campesina, inepta y curiosa, les ha abandonado para ir á ver la hermosa carretela parada en el patio. Una vez fuera, los chiquillos no han tardado en cansarse de su postura horizontal, y encendidos, llenos de pústulas, los malditos se han puesto á entonar su robusto concierto, porque, por milagro, son aquellos los únicos que se encuentran bien: el mal mismo les salva y alimenta. Rabiosos y movedizos como escarabajos patas arriba, apoyándose en los lomos, en los codos, los unos, — caídos de lado, no pudiendo recobrar el equilibrio, los otros, — con sus hinchadas piernecitas pataleantes por entre los abiertos pañales, suspenden espontáneamente sus chillidos y sus gesticulaciones al ver que se abre la puerta; pero la oscilante perilla de M. de La Perrière les tranquiliza, les da ánimo, y con el recrudecido estruendo apenas se perciben las explicaciones que se esfuerza en dar el director: «Niños puestos aparte... contagio... enfermedades cutáneas.» El señor secretario no quiere saber más; menos heroico que Napoleón en su visita á los apestados de Jaffa, lánzase á la puerta, y en su turbación temerosa, por decir algo, no sabiendo qué, murmura con inefable sonrisa: «Son en... cantadores.»

Por fin, terminada la inspección, hételes instalados en el

saloncito de los bajos en donde la señora Polge tenía preparado un pequeño refresco. La bodega de Bethlehem está bien surtida. El airecillo del campo, aquel subir, aquel bajar le han dado al anciano personaje de las Tullerías un apetito verdaderamente extraordinario para él, á tal punto que charla y ríe con una familiaridad completamente rústica, y que en el momento de partir, puestos todos en pié, levanta el vaso meneando la cabeza para beber: «¡A Be... Be... Bethlehem!» La emoción cunde, chocan los vasos, y luego, el carruaje al trote largo se lleva al terceto por la larga avenida de tilos á cuyo través se pone un sol rojo y frío, sin rayos. Detrás de ellos el parque recobra su pesado silencio. Grandes masas sombrías se aglomeran en el fondo de los talleres, invaden el edificio, ocupan poco á poco las avenidas y las encrucijadas. Bien pronto no quedan iluminadas más que las letras irónicas que se incrustan encima de la verja de ingreso, y allá, en una ventana del primer piso, una mancha roja y vacilante, el resplandor de una vela encendida en la cabecera del parvulillo difunto.

« Por decreto de fecha 12 de marzo de 1865, dado á propuesta del Ministro del Interior, ha sido nombrado caballero de la orden imperial de la Legión de Honor el doctor Jenkins, director fundador de la Obra de Bethlehem. Grandes servicios á la causa de la humanidad. »

Al leer estas líneas en la primera página del *Diario oficial*, la mañana del 16, el pobre Nabab se sintió como herido por un rayo.

¿Era posible?

Jenkins condecorado, y él no.

Dos veces volvió á leer el suelto, creyendo en un error de su vista. Los oídos le zumbaban. Las letras bailaban, duplicadas, á sus ojos, con esos nimbos encarnados que la luz viva del sol les presta. Estaba tan convencido de que había de encontrar allí su nombre; Jenkins—el mismo día antes—le había dicho con tanta seguridad: «es cosa hecha», que no acababa de convencerse de que no anduviese engañado. Pero no, decía: Jenkins... El golpe fué duro, íntimo, profético, como un primer apercebimiento de la suerte, tanto más senti-

do cuanto que aquel hombre llevaba perdida, hacía muchos años, la costumbre de las decepciones, vivía por cima de la humanidad. Cuánto había en él de bueno se sintió invadido de repente por la desconfianza.

—Y bien, dijo á de Géry, que como cada día entraba en su cuarto, y que le sorprendió conmovido con el periódico en la mano; ¿lo habéis visto?... no estoy en el *oficial*.

Hacía esfuerzos para sonreír, pero su cara se hinchaba como la de un niño que retiene las lágrimas. Luégo, de repente, con aquella franqueza que tanto gustaba en él: «Me ha disgustado de veras... Lo creía tan seguro...»

Á estas palabras abrióse la puerta, y Jenkins se precipitó por ella sin aliento, balbuceando, extraordinariamente agitado:

—Es una infamia... una infamia espantosa... No puede ser, no será.

Las palabras se precipitaban en borbotones á sus labios pugnando por salir todas á la vez; luégo pareció que renunciase á dar forma á su pensamiento, y arrojó encima de la mesa una cajita de chagrín y un gran carpete, aquella y éste con el sello de la Cancillería.

—Ahí tenéis mi cruz y mi diploma... Vuestros son, amigo mío... No puedo retenerlos...

En el fondo todo esto no significaba nada. Si Jansoulet se hubiese puesto la cinta de Jenkins, se hubiera hecho condeñar bonitamente por uso indebido de condecoraciones. Pero un golpe de teatro para nada necesita ser lógico. Este traje consigo entre los dos interesados una efusión, abrazos, un combate generoso que terminó metiéndose Jenkins los consabidos objetos en el bolsillo, y hablando de reclamaciones, de remitidos en los periódicos... El mismo Nabab hubo de contenerle:

—Ya os guardaréis bien de hacerlo, desgraciado... En primer lugar, sería perjudicarme para otra vez... ¿Quién sabe? acaso el próximo quince de Agosto...

—Sí, verdad... Pues no faltaba más... exclamó Jenkins apoderándose de esta idea y tendiendo el brazo como en el *Juramento* de David: «Os lo juro por mi honor.»

La cosa paró aquí. Durante el almuerzo, el Nabab, alegre como de costumbre, no habló una palabra de ello. Su buen

humor no se desmintió en todo el día; y de Géry, para quien la escena había sido una revelación del carácter de Jenkins, la explicación de las ironías, de las cóleras contenidas de Felicia Ruys al hablar del doctor, se preguntaba en balde cómo lo haría para abrir los ojos de su querido protector con respecto á tamaña doblez. Hubiera debido saber, sin embargo, que en los meridionales, gente de suyo expansiva y todo franqueza, no hay nunca ceguera completa ni engatusamiento que resista al buen sentido de la reflexión. Por la noche, el Nabab había abierto una pequeña cartora pobrísima, de cantos arrugados, por la cual había diez años que hacía bailar los millones, apuntando, por medio de jeroglíficos que sólo él descifraba, sus beneficios y sus gastos. Hacía un momento que estaba ensimismado en sus cuentas, cuando volviéndose hacia de Géry:

—¿Sabéis qué es lo que estoy haciendo, querido Pablo? le preguntó.

—No, señor.

—Pues estoy calculando—y su mirada burlona, completamente de su país, contrastaba con lo bonachón de su sonrisa,—estoy calculando que llevo gastados cuatrocientos treinta mil francos en ganar una condecoración para Jenkins.

¡Cuatrocientos treinta mil francos!... Y no había concluido...

